

*Opinión de la prensa*  
*Aquí*  
Número 14  
15 de junio

# San Selerín...

1915

Periódico para los niños



Dirigido por  
Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia  
debe ser dirigida  
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

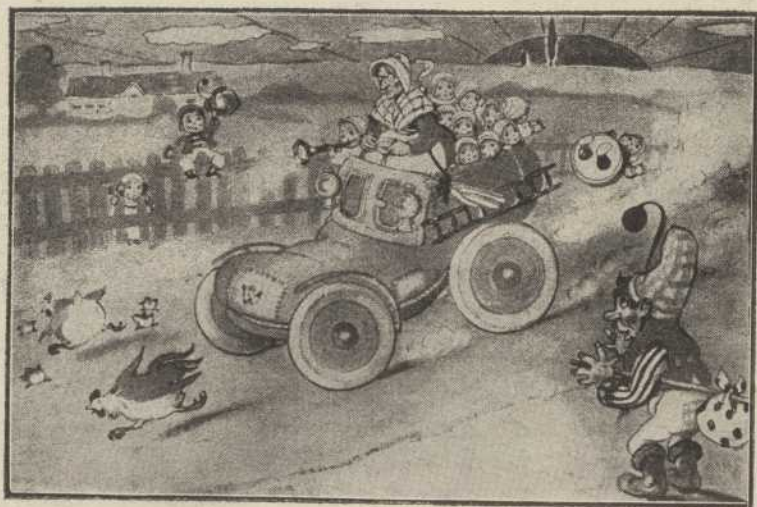
# SAN SALERÍN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

## EL AUTOMOVIL

Si recordáis, amiguitos, los sencillos cuentecitos que os cuenta SAN SALERÍN, no habréis echado en olvido aquello tan divertido de Ramona Valerín.

Apenas hubo acostado a tanto niño malcriado, su excelente corazón empezó a sentir por ellos los dulcísimos destellos de una amable compasión.



Y se dijo: pobrecitos!  
al fin son muy pequeñitos,  
cómo no los he de amar  
si es su ruido lo más grato  
de este mísero zapato  
en que se alza nuestro hogar?

Mañana van a estar locos  
de contentos; como pocos  
días van a gozar.  
Bailarán de cabeza,  
si supieran la sorpresa  
que tendrán al despertar.

Y en efecto, en cuanto abrieron  
los ojos, algo sintieron  
que les hizo estremecer;  
el zapato se movía,  
y al poco rato salía  
corriendo a todo correr.

¿Si será algún terremoto?  
pensaban ¿si se habrá roto  
la tierra y en un decir  
amén nos hemos hundido?  
¿Qué nos habrá sucedido?  
¿Volveremos a salir?

Pero pronto sus temores  
se acabaron; los mayores  
con inmensa precaución,  
se asomaron y miraron  
apenitas se asomaron,  
lo que va a continuación:

el zapato, transformado  
en automóvil, lanzado  
por esas calles de Dios,  
corría que era un contento  
tan ligero como el viento,  
por no decir más veloz.

Y así acabaron el día  
volando en loca alegría,  
dichosos hasta no más,  
dispuestos a ser formales  
y a no volver a hacer males  
ni travesuras jamás.

Y yo que cuento la historia  
me quedo tocando a gloria  
mis campanitas: tin . . . ! tin . . . !  
mientras pasa por mi lado  
el zapato alborotado  
de Ramona Valerín.

BILLO.

## LAS HADAS DEL BOSQUE

En el sombrío corazón de la montaña, un leñador vivía feliz con su mujer y su hijo Juan, niño vivaracho y andariego, pero muy obediente.

Desde que entró en edad de razón, apenas hacía alguna infantil travesura, su madre lo amenazaba con los duendes. Pero es el caso que llegó a los siete años sin haberlos conocido, y ya dudaba de su misteriosa existencia.

Un día, que vagaba por la selva recogiendo frutas, se enmarañó en un zarzal y perdió la vereda . . . Sin rumbo fijo, ya por un lado, ya por el otro, caminó largo rato hasta llegar muy cansado a una región donde la espesura formaba un gran muro resguardando una explanada. Se reclinó sobre un tronco caído, y ya el sueño cerraba sus párpados cuando lo sorprendió una tocata larga y metálica.

—Tin-ti-rin-tin-tin.

Algo extraordinario sucedía. Las avecillas del contorno enmudecieron, inclinando la cabeza sobre el ala en actitud atenta; el viejo buho, desde su covacha<sup>(1)</sup>, asomó el ancho pico y hasta la rana que croaba en la charca hizo silencio.

—Tin-ti-rin-tin-tin!

Juan se estremeció. ¿Qué podía ser este tintineo?

Le entró un miedo terrible creyendo que esta vez, sí que vería duendes; pero su pensamiento de temor fué instantáneamente contestado por la voz dulce de una encantadora personita, que desde la corola de una pasionaria se mecía gentil y alegre:

—Nada temas, Juanillo, nada temas. Has penetrado en el dominio de la reina de las hadas, tu servidora, y

(1) Cueva pequeña.

por toda la selva resonaban hace poco los clarines llamando mi corte a recreo. ¡Miradla!

En un abrir y cerrar de ojos se trasformó el escenario y del seno de cada flor brotaron geniecillos alados, con cabellera de oro, que revolotearon en parva <sup>(1)</sup> a la explanada.

¡Qué profusión de colores! ¡Qué cadencia de movimientos! ¡Parecía la danza del arco iris sobre una esmeralda!

Terminado el baile, Juan embebido, boquiabierto, apenas pudo balbucir <sup>(2)</sup> esta corta frase:

—¡Ad-mi-ra-ble...! Pero decidme, soberana, ¿en estas alegres fiestas empleáis vosotras la vida?

Esta ignorante pregunta no enfadó a la reina, porque las hadas son muy pacientes y bondadosas; pero sí la hizo reír y en un santiamén, con su vara encantada dió alas a Juanito y alzó el vuelo por la florida selva, mostrándole el trabajo de su diligente acompañamiento en un solo amanecer!

De paso le iba contando un secreto suyo:

«Escucha Juanito. Yo tengo muchos servidores que ejecutan mis mandatos, pero todos en conjunto obedecemos órdenes superiores, y esas bellas flores y doradas semillas que hemos visto por todas partes, son el material en el cual trabajamos las hadas del bosque. A cada semilla damos un sello invisible que el creador pone en nuestras manos, y que forma el alma de las flores; luego viene nuestro aliado el viento, esparce con sus ráfagas la útil simiente por los más escondidos lugares y le ayudan en su labor los insectos, que injertan el pólen de flor en flor, mientras beben en su cáliz la miel!

«Así, con orden y armonía nos auxiliamos los unos a los otros, cumpliendo nuestro deber, desarrollando nuestras facultades. ¿Ves este granito que acabo de re-

(1) Montón.

(2) Hablar con dificultad.

»coger? ¿Sabes lo que es? ¿No? Pues mira, es una ínfima  
»semilla de violeta silvestre; y apesar de ser tan disminu-  
»ta tiene oculta en su interior toda la planta con raíces,  
»hojas, flores y frutas; pero necesita tierra, aire, agua  
»y sol para germinar... También el niño es como una  
»semilla. Tiene dentro de su ser todo el plan del hombre  
»perfecto, pero requiere el aire sano de la vida, el campo  
»fértil del pensamiento ordenado, las aguas puras del  
»saber y del amor, y el sol esplendente del espíritu para  
»desarrollar sus cualidades: viene a la escuela de la vida  
»para ser instruido; hoy adquiere un don, mañana una  
»virtud, hasta que llega a la cúspide del adelanto hu-  
»mano.

»Consuélate Juanito, y no olvides que para todos los  
»niños pobres o ricos obedientes o atolondrados, hay un  
»modelo de perfección que debe ser imitado: el dulce  
»Niño Jesús.»

.....  
Y el leñador que vivía feliz, allá en el sombrío co-  
razón de la montaña, escuchó de labios de su hijo Juan  
esta enseñanza que él a su vez propagó a los niños de  
toda aquella vecindad, hablándoles con respeto de las  
hadas del bosque.

ΑΡΑΙΚΑΝ.





GUILLERMO GRIMM



JACOBO GRIMM

---

## LOS HERMANOS GRIMM

Seguramente que ustedes ya no olvidarán a Jacobo y a Guillermo Grimm, al saber que fueron los admirables narradores de los más bellos cuentos que andan por el mundo, encantando no solamente a los niños sino también a la *gente grande*. ¿Quién no conoce y ama a la linda Blanca Nieve y a sus buenos amigos los enanillos? ¿Quién no ha oído contar aquel cuento del «Príncipe Rana,» el de «La Hija del Molinero» o aquellos otros de «Los músicos viajeros,» del «Brujo y las tres hermanas,» etcétera? Ellos no inventaron como Andersen sus cuentos, sino que dedicaron muchas horas de su vida a escuchar los referidos por la gente del pueblo, los cuales reunieron en un libro que publicaron en su país que fué Alemania. Después este libro se ha traducido a los principales idiomas y muy pocos son los niños que no han tenido la suerte de tenerlo en sus manos.

He aquí, pues, otros nombres que deben ser conservados con ternura en la memoria de los niños.

## HANSEL Y GRETTEL

Había una vez, cerca de un espeso bosque, una casita en la que vivía un leñador con su esposa y un hijo llamado Hansel. Un día al volver a su casa, se encontró en la rama de un árbol a una niñita recién nacida, la cual había sido dejada allí por un buitre. La tomó, la llevó a su casa y la llamó Gretel y él y su esposa la fueron criando con su hijo Hansel. Pero al cabo de un tiempo la esposa murió y el leñador se casó otra vez. Y en verdad que la madrastra era una mala mujer, que no quería a los niños y los maltrataba mucho.

En cuanto llegó el invierno aumentó la pobreza del leñador de tal modo, que, éste, una noche, dijo a su esposa:

—¿Qué vamos a hacer? Sólo tenemos un pan y una vez que nos lo hayamos comido, vamos a morir de hambre.

—Debemos abandonar a los niños—replicó su mujer.—Mañana los llevaré conmigo al bosque y los extrañaré de modo que no puedan hallar el camino de regreso.

—¡Oh no!—exclamó el padre.—No puedo permitir que se mueran de hambre.

—Bueno, pues de lo mismo moriremos todos si permanecen con nosotros y al cabo será igual—replicó la mujer.

Y siguió hablando a su marido, hasta que por fin lo convenció de que debía hacerse lo que había propuesto.



Mas, a pesar de ser una hora muy avanzada de la noche, Hansel y Gretel estaban despiertos, pues el hambre les impedía dormir. Por esta razón pudieron enterarse del plan que contra ellos se tramaba.

—¡Oh!—dijo la niña, sollozado—nos perderemos en el bosque y nos devorarán las fieras!

—¡No grites, hermanita!—dijo Hansel.—Yo cuidaré de tí.

Y saltando de la cama se puso su pequeña chaqueta.

Sin hacer el menor ruido quitó la tranca de la puerta y salió de la casa. La luna brillaba en el cielo y las piedrecillas parecían a su luz monedas de plata. Hansel recogió tantas como pudo, y se llenó los bolsillos. Luego, con las mismas precauciones que antes, se metió de nuevo en la cama.

A la mañana siguiente, muy temprano, la madrastra despertó a los niños y les ordenó que se vistieran de prisa.

—Hoy iremos al bosque con vuestro padre a cortar leña—dijo.

Dió a cada uno una pequeñísima rebanada de pan para comer y salieron todos en dirección al bosque. Gretel llevaba ambos trozos de pan, porque los bolsillos de su hermano estaban por completo llenos de guijarros.

Mientras iban andando, el padre se percató de que Hansel se detenía a cada instante mirando hacia atrás.

—¿Pór qué te vuelves hacia atrás, muchacho?—preguntó.—Si no tienes cuidado te vas a caer.

—Miro a mi gato blanco que está en el tejado—contestó Hansel.—Quiere despedirse de mí.

—¡Tontería!—gritó la madrastra.—No es el gato: es la luz del sol que brilla sobre las tejas húmedas.

Pero Hansel no se preocupaba por el gato. Cada vez que volvía la cabeza miraba una piedra que acababa de soltar para marcar el camino que seguían.

A medida que iban internándose en el bosque, el camino se hacía más penoso. Por fin el leñador se detu-

vo y ordenó a sus hijos que recogieran algunas ramas y las amontonaran en el suelo.

—Encended una hoguera para calentaros—dijo—y esperadme hasta que vuelva.

Hansel y Gretel se sentaron al lado del fuego y muy contentos comieron sus rebanaditas de pan, pensando que su padre no estaba lejos y que con el dinero que obtuviera de la venta de la leña que estaba cortando, podía comprar más panes y quitarles el hambre. Pero el ruido que tomaban por los hachazos de su padre, era tan solo el de una rama que agitaba el viento haciéndola chocar contra un grueso tronco. Luego, sintiéndose cansados por tan larga caminata, se enterraron bajo un montón de hojas secas que allí abundaban y se durmieron.

Cuando despertaron era completamente de noche y el fuego estaba apagado. Sólo se oían los ronquidos de los buhos y los aullidos de los lobos.

—¡Oh, Hansel! ¿Qué vamos a hacer ahora?—dijo la niña llorando.—Nos hemos perdido en el bosque y no podremos encontrar el camino para regresar a nuestra casa.

—Espera que salga la luna, hermanita—dijo Hansel.—Dame tu mano y te llevaré a casa.

Y cuando la luna derramó sus plateados rayos sobre la tierra, los niños emprendieron el camino dándose la mano, guiados por los blancos guijarros que les indicaban el camino de su casa.

—¡Sinvergüenzas!—gritó la madrastra al verlos.—Creíamos que no volveríais ya. Merecéis una paliza por haber permanecido tanto tiempo en el bosque.

El padre, por el contrario, los recibió en sus brazos y los besó lleno de alegría, pues había creído no verlos más.

No mucho tiempo después llegó un día en que no tuvieron más que un pan, sin ninguna esperanza de poder comprar otro y la mujer dijo a su marido:

—Somos ahora más pobres que nunca. ¿Hemos de morirnos de hambre o de nuevo extraviarnos a los niños

en el bosque, de modo que no puedan hallar el camino de regreso?

El leñador estaba desesperado sólo de pensar en la pérdida de sus hijos, pero habiendo ya consentido una vez en ello, era a la sazón mucho más difícil negarse a que el proyecto de su mujer se realizara.

Los niños al oír este plan desde la cama, se echaron a temblar, especialmente la pobrecita Gretel. Pero Hansel la consoló de nuevo y deslizándose de la cama como la vez primera, salió con el intento de llenarse los bolsillos de guijarros. Aquella vez, sin embargo, la puerta estaba muy bien cerrada y no le fué posible abrir, viéndose por lo tanto obligado a regresar a la cama y pensar en algún otro medio para burlar el proyecto de que los querían hacer víctimas.

—¡Levantaos, perezosos!—gritó la madrastra a la mañana siguiente.—Hoy váis con nosotros al bosque. Aquí está vuestra comida.

Y les dió dos pequeñas rebanadas de pan.

Gretel guardó la suya en el bolsillo, pero Hansel desmigajó la que le correspondía y fué sembrando el camino de migas, como hiciera la vez anterior con los guijarros.

—¿Por qué vuelves la vista atrás?—preguntó la madrastra.—A ver si andas de prisa, sin entretenerte.

—Quiero despedirme del palomo que está en el tejado—repuso Hansel.

—¡Tonto!—gritó la mujer;—no está el palomo. Es la luz del sol que brilla en las tejas húmedas.

Pero no se percató de que cada vez que Hansel volvía la cabeza, dejaba caer una miga de pan para marcar el camino.

Aquella vez se internaron en el bosque mucho más que la anterior, y en cuanto los dos pobres niños estuvieron rendidos de fatiga, su padre les mandó que recogieran ramitas y encendieran una hoguera.

—Esperadme hasta que regrese—añadió.

Los niños se quedaron, pues, al lado del fuego, y Gretel dió la mitad de su pan a su hermano. Luego,



...y mientras seguían comiendo, se abrió la puerta y salió una mujer muy anciana.

cansados por la caminata y viendo que su padre no regresaba, se quedaron dormidos.

Cuando despertaron ya había cerrado la noche y Gretel lloró creyendo que las fieras rondaban por allí cerca y que en breve serían comidas por ellas. Pero Hansel la tranquilizó, pues era un muchacho valiente.

—Ya te defenderé, hermanita,—dijo—y hallaremos nuestro camino para regresar a casa, porque por él he ido echando migas de pan.

Pero ¡ay! Los pájaros se las habían comido todas y no pudo divisar ni una sola que le indicara el camino que debían seguir.

Fueron errantes de una a otra parte, durante toda la noche y el siguiente día, pero tan solo consiguieron internarse más y más en el bosque. No comieron otra cosa que algunas frutas silvestres que hallaron en el bosque, de modo que, al apuntar la aurora del tercer día, estaban casi muertos de hambre.

—¡Oh, Hansel!—exclamó Gretel—nos vamos a morir de cansancio y de hambre.

El muchacho por toda respuesta, le oprimió la mano, como queriendo infundirle ánimo, y siguió avanzando.

De pronto vieron un hermoso pájaro blanco revolotear por encima de sus cabezas, el cual fué luego a posarse sobre la rama de un árbol.

Cantaba al mismo tiempo con tanta dulzura, que los niños se detuvieron para escucharlo, y cuando extendiendo de nuevo las alas emprendió el vuelo, apresuraron su paso para seguirlo. El ave parecía conocer el propósito de los niños, porque al ver que no podían seguirla, describía círculos en el aire, a fin de darles tiempo de alcanzarla, hasta que por fin se detuvo ante una hermosa casita en el corazón del bosque.

Cuando los niños llegaron a ella, vieron que era la habitación más maravillosa de cuantas habían soñado. Estaba construída enteramente con turrón y adornada con ricas tortas; los cristales de las ventanas eran de transparentes láminas de caramelo y los escalones de *cajeta boza*.

—¡Qué festín vamos a tener!—gritó Hansel dando saltos de alegría y tratando de romper una parte del tejado.—Coge tú misma un poco de lo que más te guste, hermanita,—añadió.

Gretel tomó un trozo de torta que había a un lado de la puerta y un poco de caramelo que halló allí cerca. Y mientras estaban comiendo con gran apetito, oyeron una voz procedente del interior de la casa que decía:

—Oigo ruido de dientes, ¿será algún ratón que se come las paredes de mi casa de turrón?

Los niños contestaron:

—Confundís el ruido del viento con una rata, porque nadie se come vuestra casa.

Y mientras seguían comiendo se abrió la puerta y salió una mujer muy anciana.

Hansel tiró lo que estaba comiendo y Gretel se quedó con la boca llena de caramelo. Estaban los dos tan asustados, que no acertaron a hacer ningún movimiento.

—Queridos niños—dijo la vieja—no tengáis miedo. Os permito comer tanto como queráis de mi casa. Pero antes entrad, que os daré una buena comida.

Y, en efecto, una vez se hallaron dentro, les dió toda clase de cremas, frutas en miel, confites y cuanto quisieron. Luego los hizo acostar en unas camas tan blandas, que los niños, al ver tanta comodidad, se figuraron que ya no se estaba mejor en el cielo.

Es preciso advertir, que, aun cuando la vieja parecía tan buena, era en realidad una bruja maligna que se apoderaba de los niños para matarlos y comérselos. Tenía los ojos encarnados, con los que no alcanzaba a ver a mucha distancia, pero su olfato era tan bueno como el de una zorra, y gracias a ello, mucho antes de que llegaran Hansel y Gretel, estaba ella advertida de su venida y había construído la casa de turrón con el propósito de apoderarse de ellos.

Al día siguiente la bruja fué a ver a los dos niños, que todavía dormían, y se frotó las manos de satisfac-

ción al ver cuán tiernos eran. Le hubieran gustado algo más gorditos, pero ésta era cosa fácil de lograr. Así cogió a Hansel con su huesuda mano, y antes de que estuviera despierto del todo, lo encerró en una pequeña jaula de hierro que cerró cuidadosamente. Luego sacudió a Gretel por un hombro.

—¡Arriba, perezosa!—gritó.—Has de encender el fuego, llenar el cubo de agua y ayudarme a hacer el almuerzo. He encerrado a tu hermano en una jaula y lo voy a engordar para comérmelo cuando esté más gordo.

La pobre Gretel tuvo que hacer lo que la bruja le mandaba, y mientras a Hansel se le daban los bocados más exquisitos, ella no tenía para comer más que espinas de pescado y patas de cangrejo. Cada día la mala vieja iba a la jaula de hierro y decía a Hansel:

— Muchacho, saca el dedo para ver si engordas.

Pero Hansel, sabiendo que nada podía ver con sus ojos casi ciegos, sacaba por el agujero un hueso en lugar del dedo. Y cada día, al tocarlo, la vieja gruñía de descontento, por parecerle que en vez de engordar enflaquecía.

Por fin, sin paciencia para esperar más tiempo, un día dijo a Gretel:

—Mañana es preciso que te levantes muy temprano, porque hay mucho que hacer. Voy a guisar a tu hermano para comer y debes encender el horno y tenerlo todo preparado para la fiesta.

La pobre Gretel se puso a llorar llena de desesperación:

—¡Oh! ¡Cuánto mejor hubiera sido morirnos de hambre en el bosque o que las fieras nos hubieran comido!—exclamó hecha un mar de lágrimas.

—Nada bueno hubiera sido lo que dices—replicó la vieja—y seca esas lágrimas, porque vas a apagar el fuego.

¶ : No hay que decir cuán triste estaba la niña al encender el horno y hacer los preparativos para el horrible festín. Cuando todo estuvo listo, la vieja la llamó y le dijo:

—He amasado ya la pasta y los panes están a punto de cocer. Ven, niña, entra en el horno y vé si está bastante caliente.

La bruja intentaba cerrar la puerta del horno en cuanto hubiera entrado la niña y cocerla para su comida en vez del pan, pero Gretel adivinó su criminal proyecto.

—La puerta es demasiado pequeña para entrar,—dijo.

—¡Qué tontería!—replicó la vieja;—mira, es lo bastante grande. No hay más sino entrar la cabeza, así.

Y uniendo la acción a la palabra, introdujo su cabeza dentro del horno.

Rápida como el pensamiento, Gretel le dió un fuerte empujón, lanzando el cuerpo de la mala bruja al interior del horno y, al ver conseguido su propósito, cerró la puerta de prisa como pudo.

Sin perder momento fué luego a libertar a su hermano y después de haberse abrazado los dos con alegría, la niña dijo:

—La vieja está encerrada en el horno.

Fueron luego a la habitación en que la bruja guardaba sus tesoros y Hansel se llenó los bolsillos de perlas, diamantes y rubíes, mientras Gretel, por su parte, llenaba su pequeño delantal de toda clase de joyas.

Hecho esto salieron de la casa, y dándose las manos emprendieron el camino, tratando de hallar el que conducía a su casa. No habían avanzado mucho cuando llegaron a un lago tan grande que no era posible atravesarlo sin ayuda de una embarcación.

—¿Qué haremos?—dijo Hansel.—No hay puente alguno y yo no veo ninguna barca en que podamos cruzarlo.

—¡Mira!—observó Gretel.—Veo un blanco pato que, nadando, viene hacia nosotros; tal vez querrá ayudarnos.

Y empezó a decir:

—¿Quieres ayudarnos, patito? Somos dos niños que



nos hemos extraviado. Veo que eres bueno, y sin duda querrás llevarnos sobre tu lomo.

El pato entendió perfectamente las palabras de la niña y acudió a su llamamiento. Hansel montó el primero sobre el ave y hubiera querido llevar también a su hermana, pero temió que fuera demasiado peso y no pudiera soportarlo el buen pato, de manera que la niña esperó a que una vez Hansel hubiera llegado a la otra orilla, el pato fuera en su busca, cosa que hizo la buena ave.

Y cuando se hallaron en la otra orilla del lago, vieron con gran alegría que era una parte del bosque que conocían muy bien. Echaron, pues, a correr y a poco pudieron ver su casa, ante cuya puerta se hallaba sentado su padre.

El pobre leñador, al ver a sus dos hijos, tuvo una alegría inexplicable. No había gozado de un momento de tranquilidad desde que los dejó en el bosque y a la sazón vivía solo, porque su mujer había muerto. Abrazó de nuevo a sus hijos llorando de alegría, mientras ellos le relataban sus aventuras, y el medio de que se valieron para escapar de la mala bruja.

—¡Y mira lo que hemos traído!—dijo Gretel mostrando el contenido de su delantal, que, como se recordará, estaba lleno de joyas.

—¡Y mira mis bolsillos!—exclamó a su vez Hansel, vaciando en el suelo todas las piedras preciosas que los llenaban.

Con aquello tuvieron para no sufrir más los ataques del hambre y gozar de la riqueza hasta el fin de sus días. Y aun cuando los diamantes y rubíes eran muy hermosos, Hansel y Gretel no los consideraban tan bellos como las piedrecitas que brillaban como moneditas de plata al ser bañadas por la plateada luz de la luna.

LOS HERMANOS GRIMM